

JOSE MARIA CIFUENTES

FUNDAMENTOS DE NUESTRA FE

Conferencia dada al Profesorado de las Escuelas
Católicas de Santo Tomás de Aquino el 9 de
noviembre de 1958.

XXXXXXXXXX

Santiago, octubre 15 de 1958.

Nihil obstat.

ANDRES YURGEVIC
Censor

Santiago, 16 de octubre de 1958.

Puede imprimirse y publicarse.

FARIÑA
Vicario General

Inscripción N° 20,848

FUNDAMENTOS DE NUESTRA FE

Tanto para los que no han llegado a la fe católica como para los que afortunadamente la tienen es necesario conocer los fundamentos racionales que la justifican y la fortalecen.

Muy hermosa y muy respetable es la fe del carbonero; pero el hombre culto que vive en sociedad y se ve obligado muchas veces a abordar estos temas, necesita estar preparado para defender sus creencias.

Procurarse los tratados en que estos temas se dilucidan y, en seguida, leerlos y, luego, retenerlos en la memoria no es cosa fácil ni corriente. Entretanto, no conocemos algo que hace mucha falta: un resumen breve, claro y sencillo que pueda conservarse en la memoria y que contenga a lo menos lo esencial, lo fundamental de las razones que abonan nuestra fe.

¿Por qué creemos en la existencia de Dios y en la existencia y en la inmortalidad del alma humana? ¿Por qué creemos en la divinidad de Jesucristo y de la Iglesia Católica?

Es lo que me propongo condensar en los estrechos límites de esta Conferencia, reconociendo que acaso sea una excesiva pretensión la de lograr mi propósito.

*
* *
*

Es difícil que exista una persona civilizada que no se haya preocupado jamás de estos tres problemas:

1º ¿Existe un Ser Superior que ha creado las maravillas del Universo y a cuya voluntad están sometidos todos los demás seres?

2º ¿Hay en nosotros un principio espiritual, fuente del entendimiento y de la voluntad que sobrevive a nuestra existencia terrenal?

3º ¿Existe una ley moral a que debemos someternos? ¿Somos responsables por las transgresiones de esa ley? ¿Existen sanciones para su incumplimiento?

*

* *

No podemos creer que una persona que reflexiona pueda declarar que esos problemas no existen o que no le interesan.

Ellos han existido desde el principio de la Humanidad; han preocupado a todos los filósofos; han sido discutidos y profundizados por cuantas personas se precian de inteligentes y de cultas. No puede haber problemas de un interés mayor.

Si —como esperamos demostrarlo— todas esas preguntas tienen una respuesta afirmativa, resulta ineludible tomar una actitud religiosa. ¿Cuál? Esperamos demostrar, también, que ella debe ser la profesión de la fe católica, la práctica de la religión católica.

*

* *

Las dos verdades fundamentales que iluminan, orientan y dignifican la vida humana y que constituyen su gran esperanza son la existencia de Dios y la existencia del alma inmortal.

Elas son las bases de la religión. Sin ellas la vida carece de sentido y de finalidad.

I

Siempre fue para el hombre motivo de asombro la contemplación del Universo. Lo fué desde que se limitaba a contemplar los mundos siderales. Lo fué más cuando supo medir sus gigantescas proporciones y las distancias que de ellos nos separan.

Pero parece que hoy día, en los años que van corridos de este siglo, la revelación de otro Universo nos deja aún más atónitos y anonadados. Antes era el Universo de lo infinitamente grande; hoy es el Universo de lo infinitamente pequeño.

Mientras los astrónomos nos dicen que el diámetro del Universo conocido alcanza la cifra —inaccesible para nuestra imaginación— de treinta mil millones de billones de kilómetros, los físicos nos revelan un mundo aún más maravilloso: el de los átomos.

En un centímetro cúbico de aire hay cincuenta y cuatro millones de billones de átomos (1) y cada átomo es un Universo en miniatura en el cual, alrededor de un núcleo, giran electrones a distancias proporcionalmente mayores que las que separan al sol de sus planetas y a velocidades tan vertiginosas que en un segundo recorren su órbita siete billones de veces (2). En la Conferencia de Ginebra, realizada hace dos meses, el físico japonés —premio Nobel— Hedeki Yukawa y el físico norteamericano Robert Hofstadter han revelado que aún el electrón no es la partícula más ínfima de la materia, sino que es una estructura y un sistema cuyas partes son todavía mucho más infinitesimales.

Ciertamente, ni los sentidos pueden percibir este mundo ni la imaginación concebirlo. Son los matemáticos y los físicos los que lo han descubierto valiéndose de ecuaciones, de fórmulas y de aparatos que los profanos somos incapaces de entender. Pero a los que dudan bastará pronunciarles una palabra: Hiroshima. En efecto, la bomba atómica es la confirmación más irrefutable de la certeza de los descubrimientos científicos y de las maravillas del mundo atómico y de la energía nuclear.

Entre esos dos arcanos de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño está el hombre que, según la acertada observación de Aristóteles, representa el plan total de la naturaleza.

“El hombre —dice Jean Thibaud en su obra “Vida y transmutación de los átomos (página 30)— se encuentra colocado en la escala de las dimensiones a distancia media entre el Universo estelar y el microcosmos atómico, pues la distancia de una estrella es proporcionalmente al hombre, lo que este último respecto de los constituyentes atómicos”.

(1) Ignacio Puig. *Materia y Energía*. Pág. 50—George E. Frost. *El Universo*. Pág. 125.

(2) George E. Frost. *El Universo*. Pág. 143. Fritz Kahn en su obra “Para comprender el átomo”. Pág. 44, da la cifra de seis billones. Ambos guarismos son igualmente impresionantes.

Y si de las simples dimensiones y movimientos pasamos a la estructura del ser viviente crecerá nuestro asombro: la anatomía, la fisiología y la psicología humanas son como el compendio de las maravillas del mundo. Si aquellos Universos nos asombran, más sorprendente debe parecernos este ser animado por el espíritu y dotado de inteligencia y voluntad.

El Universo sideral, el Universo atómico, los reinos de la naturaleza, el ser humano y, por fin, la inexplicable coordinación de fenómenos que, siendo independientes entre sí, se ordenan, sin embargo, a finalidades de un orden superior (3), son maravillas tales que nuestra mente no puede concebirlas como el efecto del azar. Sería una explicación que nada explicaría y, por otra parte, de la más monstruosa inverosimilitud. Las normas elementales de nuestro mecanismo mental exigen una causa adecuada y causa adecuada de efectos tan portentosos sólo puede ser una inteligencia y un poder infinitos, propios de un Ser igualmente infinito.

Nos observaba un incrédulo: Su raciocinio podrá parecer muy lógico, pero ¿qué fuerza tiene para provocar una realidad fuera de su mente? ¿qué valor tiene para hacer necesaria y efectiva la existencia del Ser Supremo? Supóngase que de hecho no exista, entonces todos sus argumentos resultarían vanos; serían un mero juego de dialéctica, una fantasía de su mente, sin efecto alguno fuera de ella. Ciertamente, no se nos ocurriría que nuestro raciocinio pudiera dar realidad a esa existencia. Es la realidad de esa existencia lo que da vida y valor a nuestro raciocinio. Así como la fotografía de una imagen no crea la imagen: se limita a dar testimonio de su existencia real.

Son tan obvios estos razonamientos que no podemos extrañarnos de que la creencia en Dios haya sido universal en

(3) Por ejemplo, la producción de frutas, tan gratas al paladar y tan útiles para la nutrición del hombre. No se comprende qué habría podido estimular en las plantas la formación de semejante pericardio, que redundaría especialísimamente en beneficio de otros seres. En cambio, todo se explica dentro de un plan providencial.

el género humano y de que no sólo haya existido en los cerebros del vulgo, sino —precisamente en su forma más pura— en las más altas cumbres de la inteligencia y del saber.

Llenaríamos centenares de páginas recordando sólo las declaraciones de los más ilustres sabios que han honrado a la Humanidad sobre su creencia en la Divinidad, pero bastará que citemos a Newton y a Galileo, a Leibnitz y a Kepler, a Descartes y a Pascal, a Lavoisier y a Leverrier, a Cuvier y a Linneo, a Ampère y a Cauchy, a Volta y a Maxwell, a Lapparent y a Claudio Bernard para hacer ver que sus mentes se han rendido ante la misma evidencia que ilumina la nuestra.

No resistimos, sin embargo, a recordar las propias expresiones de dos sabios cuyos nombres bastarían por sí solos para hacer vacilar al más empedernido de los ateos. En el último siglo que ha vivido la Humanidad, dos genios superiores han brillado en el campo de la Ciencia: Pasteur y Einstein. Aquél reveló el mundo de los microorganismos y éste el mundo de la energía atómica.

Los dos fueron teistas y el primero fervoroso católico.

Pasteur en el elogio fúnebre de Sainte Claire Deville, decía estas palabras:

“A aquellos que te lloran, espéralos en esas divinas regiones del saber y de la luz donde tú debes ahora conocerlo todo, donde tú debes aún comprender el infinito, esta noción enloquecedora y terrible, para siempre cerrada al hombre sobre la tierra y, sin embargo, fuente perenne de toda grandeza, de toda justicia y de toda libertad”. (4).

Y Einstein escribió, también, estas palabras:

“La emoción más profunda y la más bella que podemos experimentar es la sensación mística. Es la semilla de toda ciencia verdadera. Aquel a quien esta emoción es extraña, es como si estuviera muerto”. Y añade: “Mi religión consiste en una humilde admiración hacia el Espíritu superior y sin límites que se revela en los más simples detalles que somos

(4) Antonin Eymieu: La part de croyants dans les progrès de la science au XIX siècle. T. II. Pág. 271.

capaces de percibir con la fragilidad del nuestro. Esta profunda convicción sentimental de la presencia de una razón superior y poderosa, revelándose en el incomprensible universo: ese es mi Dios". (5).

Pero se nos dirá: si este Ser existe ¿por qué no se nos manifiesta en el esplendor de su gloria?

Dios, juntamente con habernos dado la inteligencia y la voluntad, quiso dotarnos de otro don, extremadamente precioso, por ser la raíz del mérito: nos dió la libertad y la libertad desaparecería ante una manifestación visible y permanente del Ser Divino.

La razón y la fe no alcanzan a apagar la libertad y el mérito. En cambio ¡qué poco mérito tendría la misma santidad si nuestra comunicación con Dios fuese algo habitual, claramente discernible para nuestros sentidos corporales!

Rebelarse contra nuestro Creador y nuestro Juez ante su presencia visible sería inexplicable y acatarlo dejaría de ser meritorio.

El ascenso que prestamos a la verdad religiosa no nace de una evidencia sensible ni de una demostración matemática; nace de la fe, que es un don de Dios, ciertamente; pero que al mismo tiempo es una virtud que consiste en el sometimiento voluntario a la revelación divina.

Nuestra razón es demasiado débil para aspirar a la perfecta claridad. Lo mismo que nuestros limitadísimos sentidos que apenas nos permiten percibir ciertas cualidades de los cuerpos, algunas escalas de los sonidos, algunas ondas de la luz, así también la limitada potencia de nuestra mente sólo nos da cuenta de ciertas verdades fundamentales: las necesarias para realizar nuestro fin.

(5) De un artículo publicado por la Revista "Jours de France" con el título "Einstein frente a Dios", reproducido por Zig-Zag, de 29 de marzo de 1958, Nº 2764.

No empleemos esas humildes facultades en procurar destruir todo lo que dignifica y embellece nuestra vida ni lo que fluye naturalmente de nuestra razón.

I I

La otra columna del edificio religioso es la existencia y la inmortalidad del alma.

También ella es una realidad imperada por la lógica.

Existe el pensamiento, existe la voluntad, la voluntad libre, tan libre que se rebela, a veces, contra la razón y prefiere la satisfacción de los sentidos a los dictados de la conciencia.

Nuestra razón, junto con darnos testimonio de nuestra existencia, nos advierte que somos un ser que vive, siente, discurre, abstrae, argumenta, recuerda, quiere, resuelve, obra; que este ser no es múltiple, sino uno solo y bien sabemos que un día llega en que este ser deja de animarnos y el cuerpo —abandonado por él— pierde toda vida, no sólo la discursiva y la volitiva, que son sus funciones más altas y las que dan testimonio de la espiritualidad de ese principio, sino la vida sensitiva y vegetativa que estaban estrechamente vinculadas a él.

No podríamos atribuir a la materia la producción del pensamiento y de las determinaciones que dirigen nuestros actos, pues éstas son funciones de un orden muy superior. El pensamiento es el producto del ser razonante, es un producto inextenso, intangible, invisible, absolutamente inaccesible a los sentidos, aunque éstos hayan colaborado a su nacimiento proporcionando a la razón los elementos que le permiten elaborarlo: "Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu". El ente pensante actúa sobre las imágenes que el cerebro le presenta y abstrae, combina, deduce, compara y —como término de estas funciones— crea el pensamiento y la volición.

El alma es, pues, un ente espiritual, como lo dice la filosofía: forma sustancial del ser humano, que, al desprenderse del cuerpo en el instante de la muerte, lo deja privado de toda vida, de toda operación, de toda actividad; como lo dice la palabra: exánime.

*
* *
*

Pero ese principio espiritual ¿desaparece, también, con la muerte o simplemente se aparta del cuerpo material para subsistir en otra región?

La inmortalidad del alma es, por de pronto, la lógica consecuencia de su espiritualidad, puesto que una entidad espiritual no está sujeta a la descomposición ni a la desintegración que se producen con la muerte en la parte material del organismo humano.

También abona esta afirmación el consentimiento universal de la Humanidad.

La vida de ultratumba ha sido una creencia de todos los pueblos. Se conservan los papiros del “Libro de los muertos” de los egipcios. Todo el edificio de las instituciones grecoromanas reposaba sobre el culto de los muertos, como lo ha demostrado la obra maestra de Fustel de Coulanges “La cité antique”. Algo parecido podemos decir de la India, de la China y del Islam y, por cierto, nos hayamos con nociones mucho más elevadas y purificadas en los pueblos cristianos.

También —como la creencia en la divinidad— la creencia en la inmortalidad del alma ha sido profesada por la casi totalidad de los grandes sabios y, desde luego, por los que acabamos de enumerar. Precisamente las palabras de Pasteur que hemos citado se refieren principalmente a este aspecto del problema religioso.

Pero, por sobre estas razones, hay una concluyente, definitiva, irrevocable: la que se deriva de la existencia de Dios —ya demostrada—, de la existencia del orden moral, de la ley moral impuesta por Dios al hombre.

Si existe una moral que el hombre debe cumplir obligatoriamente, esa moral debe tener una sanción. No se concibe que el hombre estuviese obligado a seguir una norma de conducta y que, sin embargo, el no seguirla y aún el contrariarla no tuviese para él ninguna consecuencia.

Hemos visto en nuestra vida millares de acciones meritorias y millares de acciones reprobables; hemos conocido muchos hombres intachables y algunos santos, dechados de virtud, de abnegación y de sacrificio y hemos conocido, igualmente, muchos malvados que han llevado una vida licenciosa, corrompida, que han hecho sufrir a sus prójimos, que hasta los han robado y los han asesinado.

¡Y bien! ¿Puede ser indiferente para el Creador la conducta de unos y otros? Entonces nada habría más razonable que la conducta de los malos. Y entonces la justicia no sería uno de los atributos del Ser Infinitamente perfecto y poderoso.

Sería una creación contradictoria y, por lo tanto, inconcebible.

En la vida futura está nuestra más íntima esperanza; es lo que da a nuestra vida un sentido y una finalidad. El anonadamiento como término de ella equivaldría a la esterilidad y a la inutilidad de la virtud; sería la justificación de la maldad y la demostración de la indiferencia de Dios hacia la más admirable de sus creaciones: la del orden moral.

Se nos permitirá confirmar nuestra exposición con un relato bien interesante que copiamos de las Memorias de un hombre ilustre, el Conde De Falloux, que fué Ministro de Instrucción Pública de Napoleón III (Tomo I., pág. 92 a 94).

Durante una larga permanencia en Roma, el Conde De Falloux trabó amistad con varios notables personajes extranjeros, entre otros con la Condesa polaca Rosalía Rzewuska, hija de la Princesa Lubomirska, que había vivido en la intimidad de María Antonieta durante los años felices de Versalles y de Trianon. La Condesa Rzewuska era una mujer de gran talento y a ella le oyó la narración que copiamos a continuación:

“Yo he tenido en mi familia un ejemplo bien acentuado de una dolorosa incredulidad religiosa, felizmente seguida de una brillante conversión. Mi abuelo, el Príncipe Lubomirski, a quien llamaban el **Salomón de la Polonia**, deseaba negar a su Dios y a su alma, para entregarse sin freno a todos los

placeres de que estaba rodeado. Comenzó aun sobre esta tesis una grande obra a la cual consagraba numerosas vigiliias. Fatigado y agitado por este trabajo prolongó un día su paseo más allá de los límites ordinarios y encontró a una anciana mujer cargando un asno con hojas y ramas secas. —¿No tenéis otro oficio? le preguntó —Ah, no. Mi marido sostenía toda su familia. He tenido la desgracia de perderlo y no me queda ni siquiera con que pagar una misa por el descanso de su alma. —Tomad, le dijo el Príncipe, arrojándole unas monedas de oro, hacédle decir todas las misas que queráis. Y volvió sobre sus pasos, sin atender a las bendiciones de la anciana. Esa misma tarde, entregado con ardor a su trabajo favorito, advirtió que un campesino estaba de pie, inmóvil delante de su escritorio. —¿Qué hacéis aquí? ¿Quién os ha permitido entrar? exclamó el Príncipe, agitando violentamente una campanilla, para reprochar a sus criados esta inexcusable negligencia. Estos protestaron que nada habían visto. El campesino desapareció y la aventura quedó sin explicación.

“Al día siguiente, a la misma hora, igual aparición del silencioso e intocable visitante. Esta vez mi abuelo no llamó a nadie. Arrojó su pluma lejos de sí y marchando derechamente hacia el visitante, le dijo: —¿Quién sois, desgraciado, que venís a buscar?”

—“Yo soy el marido de la viuda que vos habéis socorrido hace dos días. Yo he pedido a Dios la gracia de pagar vuestro beneficio con estas solas palabras: El alma es inmortal”. El fantasma desapareció al mismo tiempo y el Príncipe Lubomirski, llamando precipitadamente a su familia, desgarró delante de ella su manuscrito. Estas páginas rotas existen todavía. El orador que pronunció la oración fúnebre de Lubomirski en la Catedral de Varsovia había escuchado de sus labios este relato. El lo repitió en el púlpito y está consignado en nuestro libro genealógico.

“Esta historia —agrega De Falloux— me parece digna de ser conservada porque aquellos mismo que niegan toda intervención visible de la divinidad entre nosotros estarán obligados a reconocer que el genio del Salomón de la Polonia, persiguiendo con todas sus fuerzas las pruebas del materialismo,

fué conducido por una involuntaria convicción a esta terrible verdad: El alma es inmortal”.

No podemos dudar de que lo que el Conde De Falloux refiere en sus Memorias lo oyó efectivamente a la Condesa Rosalía Rzewuska, ni de que ésta tenía el relato más auténtico de un suceso ocurrido a su abuelo el sabio Príncipe Lubomirski, el cual volvió a la fe católica como consecuencia inmediata de ese suceso. Hablar de alucinación en algo que sucede dos veces consecutivas a un hombre maduro en la plenitud de su inteligencia y su saber y que cambia con ello diametralmente en su posición ideológica, es totalmente inverosímil. El caso no cabe duda que ocurrió y, por lo demás, no es si no la confirmación de algo que, como hemos visto, la razón nos enseña: el alma existe y es inmortal.

*
* *
*

Tal vez lo que en algunas mentes produce una obstinada resistencia a la creencia en la inmortalidad del alma es la imposibilidad de imaginarnos cómo será la realidad de esa existencia en un mundo bien diverso del que conocemos; en un mundo en que ella estará privada del concurso de los sentidos corporales y del órgano de la palabra, transmisora de nuestros pensamientos, y concretada a sus funciones espirituales del pensar y del querer.

Dios no nos ha revelado la forma en que tales instrumentos serán reemplazados en esa existencia superior a que nos llama.

Pero el dilema es inexorable: o la existencia de esa vida o el anonadamiento total de nuestro ser. Y si nuestra limitada inteligencia es incapaz de comprender los arcanos de aquella vida, más incapaz es de comprender ese anonadamiento, porque el equivaldría a la paralización de la Justicia Divina.

Rindámonos, pues, a la razón y a la fe que nos muestran en el “mas allá” la realización de nuestro fin, el premio o el castigo de nuestros actos y el único objetivo inteligible de la libertad de nuestro albedrío.

Sólo el Apóstol “que fué arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que no es lícito al hombre pronunciar” (Epístola 2ª a los Corintios. Cap. XII v. 4), pudo penetrar durante su vida mortal a esa región misteriosa y suprema donde el hombre realiza su verdadero destino. Algún día terminará nuestra breve peregrinación por este mundo y esperemos que otra luz mucho más intensa que la de nuestra inteligencia nos revelará la clave de todos los enigmas.

Sentadas ya las dos premisas fundamentales de la existencia de Dios y del alma inmortal del hombre, fluye el problema de las relaciones entre la creatura y el Creador.

I I I

Ernesto Renán, el gran pontífice de la incredulidad que escribió la “Vida de Jesús” en un sentido racionalista, la inicia con las siguientes palabras:

“La revolución por medio de la cual pasaron las más nobles porciones de la humanidad de las antiguas religiones comprendidas bajo el vago nombre de paganismo, a una religión fundada sobre la unidad divina, la trinidad y la encarnación del Hijo de Dios, es el acontecimiento capital de la historia del mundo”.

¡El acontecimiento capital de la historia del mundo! Sobre esto no ha podido dudar ni la más resuelta incredulidad.

Pero ese hecho tuvo un autor y es nada menos que la divinidad de ese autor el máximo problema que se ha ofrecido jamás a la inteligencia humana.

Desde luego, apartemos la atrevida pretensión de los que, dándose de espíritus superiores, quisieran descartar como una ilusión infantil la creencia en esa Divinidad. Esa creencia ha sido compartida por las inteligencias más excelsas, ha inspirado millones de heroísmos que han culminado en el martirio y prodigios de santidad que son los más hermosos trofeos del corazón humano.

Si la creencia en la divinidad de Jesucristo no tuviera cimientos tan sólidos en la razón, los tendría en los efectos incomparables que ha producido para la perfección del hombre.

Pero tiene además pruebas decisivas. Muchas nos presentan los Tratados de Teología dogmática; pero la brevedad de nuestra conferencia sólo nos permite referirnos a dos:

1ª—Los Evangelios fueron escritos por dos testigos presenciales y por dos discípulos de los dos principales apóstoles. Las epístolas de San Pablo proceden de otro testigo intachable. Lo que en esos documentos se nos narra —especialmente los milagros y, más especialmente, la resurrección del Señor— pueden ser puestos en duda por aquellos que parten del prejuicio de la imposibilidad del milagro. Los que creemos en la existencia de Dios creemos, también, que el autor de las leyes que rigen el Universo puede alterarlas y puede suspenderlas. Creer lo primero y negar lo segundo sería un contrasentido.

Si el milagro era útil para el plan providencial, si era la prueba irredargüible de su divinidad, nada más natural que lo emplease para suscitar la fe.

Eliminar el milagro presuponiendo su imposibilidad es erigir como base de una argumentación lo que previamente sería necesario demostrar. Es en eso donde existen el prejuicio y la falta de lógica.

Pero —como hemos dicho— para negar la posibilidad del milagro es preciso comenzar por negar la existencia de Dios.

Los milagros del Evangelio han sido estudiados con la mayor profundidad de que dispone nuestra mente para esclarecer las verdades. Hemos leído muchos de esos estudios, pero, acaso, el que nos ha parecido más completo y concluyente es la obra del jesuita alemán, profesor de la Universidad de Innsbruck, Leopoldo Fonck intitulada “Los milagros del Evangelio”. Verdaderamente, no se puede llevar más allá la documentación, la investigación prolija y completa, el razonamiento convincente ni la transparente claridad de las pruebas.

¿Qué motivos habría para desoir estas razones si no es el prejuicio —ya rebatido— de la imposibilidad del milagro?

De todos los milagros del Salvador, ninguno puede compararse con el de su propia resurrección.

“Jesús —dice San Pedro (6)— se mostró a nosotros, quienes hemos comido y bebido con El después de que resucitó de entre los muertos”. Y San Pablo dice (7) “que Cristo fué sepultado y que resucitó al tercero día según las Escrituras y que se apareció a Cefas (San Pedro) y después de esto a los once. Después fué visto por más de quinientos hermanos estando juntos, de los cuales aún hoy día viven muchos y otros finaron. Después apareció a Santiago y luego a todos los Apóstoles. Y por fin, después de todos los otros, me apareció también a mí”.

San Pedro y San Pablo sellaron con su martirio el testimonio de su afirmación y de su fe. Son, pues, de esos testigos que, según la frase de Pascal, merecen ser creídos, ya que por su afirmación se dejan matar.

Y con ellos, los demás testigos corrieron a propagar la estúpida nueva, con un fervor, con un valor y con una convicción que hicieron posible ese otro milagro de la difusión del Cristianismo en el mundo pagano y de su triunfo que todavía está a nuestra propia vista.

2ª.—Hay, además, otro razonamiento que, a primera vista, puede sorprendernos, pero que bien examinado tiene una fuerza demostrativa innegable: Jesucristo afirmó que era Dios y en ello no pudo engañarse ni engañarnos.

No pudo engañarse porque para creerse Dios sin serlo era preciso haber llegado al último límite de la insania. Sólo un hombre totalmente trastornado puede abrigar semejante creencia. Pero la inteligencia de Cristo, como hombre, no puede negarse que era la más elevada, la más armoniosa, la más equilibrada que haya existido jamás.

El mismo Renán, hablando de Jesús, ha dicho: “Colocado en la más alta cima de la grandeza humana..... superior a todos los discípulos..... principio inagotable de conocimiento moral, la más alta de aquellas columnas que muestran al hombre de donde viene y hacia donde debe tender. En El se ha

(6) Actas de los Apóstoles — Capítulo X, versículo 41.

(7) Epístola 1ª a los Corintios — Capítulo XV, Versículos 4 a 8.

condensado todo lo que hay de bueno y de elevado en nuestra naturaleza, (8).

Este hombre, en la plenitud de su salud mental, afirmó que era Dios. Lo afirmó ante sus discípulos y ante muchos judíos; lo afirmó ante sus jueces que por su afirmación lo condenaron.

En cuanto a la veracidad, no sólo la enseñaba y la exigía a los demás, sino que rubricó la suya con su pasión y con su muerte.

“Yo nací y vine al mundo —dijo a Pilatos (9)— para dar testimonio de la verdad. Quienquiera que sigue la verdad, escucha mi voz”.

Ciertamente, no pudo engañarse ni engañarnos y, por lo tanto, es Dios. Lógica reflexión la de Proudhom cuando, desde el fondo de su ateísmo, exclamaba: “Vosotros, los que creéis en Dios: de rodillas ante el Crucificado”.

I V

Hemos dicho que Dios concedió al hombre la libertad y en ella puso la raíz del mérito. Imprimió, también, el concepto de la ley moral en la conciencia humana. Pero no quiso abandonar a la creatura a sus débiles fuerzas. Quiso ayudarla con las luces de la revelación a fin de que pudiera llegar con absoluta certidumbre a descubrir el camino de la verdad en sus relaciones con el Creador.

La declaración de las verdades reveladas, su explicación y su alcance no son materias que se puedan confiar al criterio de cada cual ni menos a la común y ordinaria ignorancia de cualquiera.

Aun hoy, con el avance inmenso de la cultura, con todas las luces de la ciencia y las facilidades de los estudios, pedid al hombre que desentrañe las verdades religiosas con las solas luces de su razón y de su investigación. Pasará medio siglo encorvado sobre los libros, estudiando las religiones comparadas, la exégesis bíblica, las profundidades de los dogmas, los problemas de la moral, los sublimes arcanos de la mística.....

(8) “Vie de Jesus” — Págs. 465, 468 y 474.

(9) Evangelio de San Juan — Capítulo XVIII. Versículo 37.

¿Quiénes pueden consagrarse a esos estudios? Podrá ser que un centenar de hombres lograran acercarse a la plenitud de la verdad, pero aun ellos, abrumados de dudas, de contradicciones y de obscuridades. Es lo que ocurrió con las verdades religiosas a los filósofos más ilustres del paganismo.

Entonces: O Dios abría al hombre de par en par las puertas de todos los misterios y lo privaba con ello del mérito puesto que su albedrío quedaría imposibilitado de rebelarse contra semejante iluminación o bien lo confiaba al magisterio de la Iglesia para que, ayudado por la gracia y siguiendo el camino de la humildad y de la fe, mereciese el triunfo. Este fué el camino elegido por Dios.

¿Es la Iglesia el camino de Dios?

Cuando algo se ha recorrido el estudio de las religiones comparadas, junto con admirar la unanimidad del concepto de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma, queda uno sorprendido de las quimeras y de los extravíos que se han ido mezclando a esas ideas fundamentales. Las religiones de los egipcios y de los persas, de los indúes y de los chinos, de los griegos y de los romanos, la misma religión del Islam, posterior al Cristianismo, en todas las cuales llegaron a justificarse y hasta a divinizarse los vicios, en que se practicaron los ritos más crueles e inhumanos, como en el culto de los fenicios y en el de los aztecas; en que se admitieron las más absurdas supersticiones y las torpezas de la hechicería y de la magia, son otros tantos testimonios de la fragilidad de la mente humana.

Religiones que mezclan sus dogmas con aberraciones las más absurdas y su moral con perversiones las más condenables no pueden ser profesadas por quien esté resuelto a cumplir plenamente sus deberes para con Dios y para con el prójimo. La verdad religiosa, como la verdad científica, como la verdad histórica no puede ser múltiple ni menos contradictoria. No puede ser, pues, indiferente la profesión de cualquiera religión. Ni aún coincidiendo en la creencia en la divinidad de Cristo, puede ser aceptable la profesión de sectas que sostienen doctrinas incompatibles entre sí. En el World Almanach

podemos recorrer los nombres de más de doscientas sectas protestantes en los Estados Unidos. No enseñan lo mismo; si lo enseñaran ¿a que vendría su multiplicidad?

Y cuando comparamos toda esa abigarrada multitud de religiones con la sublimidad, con la pureza de la nuestra, con la invariable línea de sus dogmas —inaccesibles, a veces, pero jamás contrarios a la razón— cuando meditamos en su moral, cuando admiramos su liturgia, cuando palpamos sus efectos salvadores, cuando vemos en ella los testimonios de la santidad, entonces quedamos anonadados ante la bondad de Dios que nos ha otorgado la gracia incomparable de la fe católica.

“Los hombres —dice Pascal— deben a Dios el recibir la religión que El les envía. Dios debe a los hombres el no inducirlos en error. (Pensées. Art. XV, P. 14).

¿Sería posible que Dios hubiese permitido que se acumulasen las más fundadas pruebas y los más evidentes motivos de preferencia en favor de una impostura? ¿Con cuánta razón podríamos repetir aquellas palabras del monje de Saint Victor: “Domine, si error est, a Te decepti sumus”. “Señor: si estamos en el error hemos sido engañados por Tí!”.

Los estudios religiosos son, sin duda, los más dignos de atraer y de preocupar la inteligencia humana. Pero pronto experimentamos, al explorar esas regiones lindantes con el Infinito, la necesidad de una luz que nos oriente, que nos impida caer en el error. Esa luz no puede ser otra que la enseñanza de la Iglesia. Sería imposible no extraviarse en un mar de misterios indescifrables para la mente humana. No sabemos el todo de nada ¿cómo podríamos entrever la naturaleza de Dios, ni su eternidad, ni su poder, ni sus atributos, ni sus designios, ni lo que nos espera después de los breves días de nuestra existencia terrena? Sólo la Iglesia, con la asistencia de Dios, puede dar una respuesta a nuestras dudas y a nuestras ansias de saber. La bondad y la misericordia divinas no pueden haber abandonado al hombre para que divague y vacile sobre sus esperanzas y sobre sus deberes sin la luz y el apoyo de algo como la Iglesia; sin el auxilio de sus enseñanzas y de sus sacramen-

tos. Sería un Dios mudo, hierático, inoperante, como los ídolos del paganismo y no el Dios del Amor y de la Caridad infinita que son, sin duda, los atributos mas excelsos del Ser Supremo.

Vemos venir una objeción; ¿por qué Dios no ha favorecido con las luces de la religión verdadera sino a una porción poco numerosa de la Humanidad? Todos los pueblos gentiles anteriores a la redención y los paganos posteriores a ella y, todavía, los pueblos cismáticos que se separaron de la Iglesia, es decir, la inmensa mayoría de los pobladores del mundo, no han tenido la oportunidad de recibir las creencias católicas y casi todos ellos han permanecido —de buena fe, no tenemos por qué negarlo— privados de su verdad.

Su Santidad Pío IX en su alocución "Singulari quadam" decía textualmente: "Los que están respecto a la verdadera religión en ignorancia invencible no son culpables de ella a los ojos del Señor".

Ciertamente, no sabemos cuáles son sus supremos designios en orden a la vida eterna de los que, sin culpa, carecieron del conocimiento de la verdadera religión. Pensamos, sí, que la Misericordia divina será grande con ellos si obraron dentro de lo que creyeron la rectitud y, acaso, por caminos para nosotros ignorados obtendrán lo que a nosotros se nos facilitó tan generosa como inmerecidamente. Pero sabemos una cosa: que esta gracia, que este don inmenso y gratuito de habernos hecho nacer en un país católico —acaso en una familia católica— tal vez en una familia piadosa, no tenemos cómo agradecerlo, si no es correspondiendo cumplidamente a El; poniendo todo lo que esté de nuestra parte para cooperar en el sentido de nuestra propia salvación.

La otra objeción —la más socorrida de los adversarios de la Iglesia— es la que se deriva del elemento humano que la integra y cuyos errores y extravíos no cabe negar, ni siquiera disimular. La Iglesia no fallará jamás en la doctrina; las puer-

tas del infierno no prevalecerán contra Ella. Pero ni siquiera el sacerdocio ni siquiera los Sumo-Pontífices estarán libres de las flaquezas humanas y muchas veces caerán en errores deplorables y en faltas más deplorables todavía Pero esta objeción, lejos de perjudicar a nuestra fe, sirve para afianzarla, porque de las pruebas que pueden afligir a la Iglesia ninguna, ni aún las persecuciones, pudieran serle más dañinas. Y, sin embargo, esta prueba no la ha hecho zozobrar y a dos mil años de distancia, aún podemos repetir las palabras del fariseo Gamaliel a los perseguidores de los primeros cristianos: “Varones israelitas: no os metáis con esos hombres y dejadlos porque si esta obra viene de los hombres se desvanecerá, mas si viene de Dios, no la podréis deshacer”. (10).

A través de todas las persecuciones, de todas las rebeldías, de todos los errores y extravíos de sus propios pastores, la Iglesia ha proseguido imperturbable su marcha y su misión salvadora. ¡Cuántas veces sus enemigos han cantado victoria! Los revolucionarios franceses, creyendo aniquilado al Sumo Pontífice Pío VI, se burlaban de él, apellidándole Pío el último. Pero ha transcurrido un siglo y medio y otro Papa del mismo nombre, Pío XII, acaba de irradiar desde el trono de Pedro la luz de sus enseñanzas en medio del respeto universal.

Admitida la Divinidad de la Iglesia, no pueden ofrecernos dudas los dogmas que ella enseña.

Termino el desarrollo de un tema interminable, muy superior a mis fuerzas, pero no a mi deseo de allegar siquiera un grano de arena a la difusión de la verdad. Quiera Dios que pueda despertar alguna curiosidad por el estudio de estas verdades merecedoras de la más honda preocupación de la mente humana.

(10) Los hechos de los Apóstoles --- Capítulo V. Versículo 38.